

## San Pedro de Arlanza en 1982

El pasado mes de Diciembre, y bajo el lema "Salvemos San Pedro de Arlanza", se celebró en el Colegio de Arquitectos de Madrid un acto organizado por la Comisión de Cultura del Colegio en el que se trató sobre el futuro del citado monasterio castellano, y que completaba una exposición dedicada al mismo tema.

A esta mesa redonda-coloquio asistieron, además de los organizadores, representantes de la Dirección General de Obras Hidráulicas del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo y de la Dirección General del Patrimonio Artístico del Ministerio de Cultura, que excusaron la ausencia de sus respectivos Directores Generales que habían sido invitados, así como varios geógrafos y geólogos estudiosos y conocedores de la zona y su problemática, además de unos dos centenares de personas interesadas, desde las ópticas y posturas más diversas, en el tema que se trataba.

El problema en torno a San Pedro de Arlanza se centra en la existencia de un proyecto de principios de siglo, cuyas obras se llegaron a comenzar, varias veces replanteado, y al que actualmente al parecer se vuelve a dar impulso, de construir un embalse en el río Arlanza que sumergiría bajo sus aguas todo el monasterio, además de varios pueblos cercanos.

A modo de escueto resumen de lo acontecido durante las dos horas largas que duró el coloquio cabe señalar inicialmente que debate no hubo. Ello quedó suficientemente claro desde un principio cuando en su primera intervención el representante del MOPU explicó que, con independencia de su cargo y de los intereses que representaba, él personalmente estaba en contra de la realización de cualquier obra que pudiera transformar o dañar el monasterio y su entorno. A partir de ahí, el resto de los oradores, muchos, con variados argumentos, y algunos particularmente vehementes e incluso con opiniones un tanto insólitas, abogaron con ab-

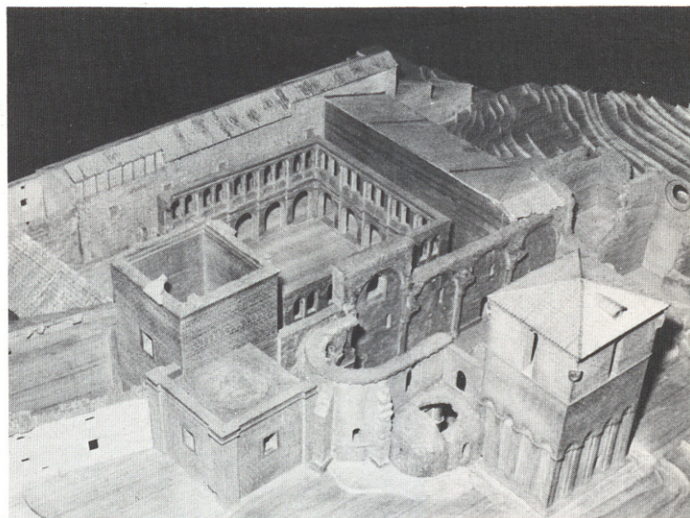
*Maqueta de San Pedro de Arlanza.*

*La exposición del Colegio de Arquitectos, organizada por la Comisión de Cultura, fue montada por María Antonia González-Valcárcel y por José Sancho Roda, restaurador del Monumento.*

soluta unanimidad por la defensa de San Pedro de Arlanza como bien histórico-cultural intocable. Ni siquiera se consideraron alternativas adecuadas las ideas de crear un muro pantalla en la presa que preservara el monumento —posibilidad por otra parte auténticamente surrealista—, o la de trasladar piedra a piedra el conjunto a otro paraje cercano, lo que caso de ser realizable evidentemente lo desgajaría de su verdadero sentido a todos los niveles. Sin duda alguna fue de lamentar que no hubiese nadie que representase y defendiera con el mismo calor el otro punto de vista de los posibles beneficios del embalse y de su, tal vez, perentoria necesidad, extremos sobre los que se especuló y divagó aunque aparentemente sin gran conocimiento de causa.

Ahora bien, generalmente la exposición de ciertos hechos y datos concretos, hacen que, aplicando el sentido común, determinadas controversias no tengan ni siquiera razón de ser.

Desde el punto de vista histórico, San Pedro de Arlanza fue un cenobio benedictino que puede ser considerado símbolo del linaje castellano en el reino castellano-leonés. Aunque esta casa religiosa datara de tiempos anteriores, su definitiva autonomía monástica le fue dada en el año 912 por Fernán González, conde de Castilla y verdadero artífice de la independencia castellana, que lo protegió durante toda su vida, se hizo sepultar en él junto a su mujer, y que debe ser tenido por su auténtico



fundador. Sus sucesores y multitud de caballeros lo favorecieron ampliando constantemente su patrimonio, particularmente Fernando I, primer rey de Castilla, convirtiéndose así junto con Silos y Oña en uno de los grandes centros religioso-económico-políticos del reino. Durante la Edad Media su importancia fue enorme, ampliándose a otros campos, pues, por ejemplo, el poema épico de Fernán González del siglo XIII se atribuye a uno de sus monjes. Posteriormente mantendrá parte de su preeminencia y de él surgirán personajes tan notables como Gonzalo de Arredondo, cronista de los Reyes Católicos, o el autor ascético Fray Antonio de Alvarado.

En cuanto a su consideración artístico-monumental, hay que resaltar que aún encontrándose en ruinas, se trata de uno de los monumentos clave de la arquitectura románica española. Las obras de su iglesia, magnífico edificio de tres naves y tres ábsides, fueron comenzadas en el año 1080, y es por lo tanto por su cronología y características uno de los modelos básicos para la evolución de la arquitectura románica en el reino de Castilla, y como monumento arquitectónico es comparable a los edificios fundamentales de la época —Jaca, Silos, Frómista— a pesar de haber sido transformado a fines del siglo XV, abovedándolo al estilo gótico burgalés y elevando un cimborrio. Conserva, por otra parte, una magnífica torre protogótica, y el claustro terminado en el año 1617.

Proceden de él importantes piezas escultóricas románicas que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, así como el llamado Sepulcro de Mudarra, datado en el 1105, en la catedral de Burgos. Asimismo las interesantes pinturas protogóticas de su sala capitular se encuentran en el Museo de los Claustros de Nueva York y en el Museo de Arte de Cataluña en Barcelona.

Además, el lugar donde se asienta San Pedro de Arlanza es una localización de interés arqueológico en varios aspectos, algunos recién descubiertos, y prácticamente sin estudiar. Todo ello sin mencionar el excepcional paraje en el que se encuentra, enclavado en uno de los meandros que describe el río, sin duda uno de los más atractivos paisajes de la meseta burgalesa.

En definitiva, no creo que sea ni siquiera un tema a considerar la posible desaparición de un lugar que ya en época de Alfonso VIII era mirado como una especie de santuario nacional castellano. Es tanto así como plantear algo similar con respecto a Poblet, Covadonga, San Millán de la Cogolla y otros ejemplos en los demás reinos peninsulares. Todo lo contrario, San Pedro de Arlanza exige una conservación, un interés y una dedicación como le son debidos a su significación histórica. Es un eslabón fundamental en nuestro patrimonio cultural, algo que los países civilizados se esmeran en preservar con el fin de no olvidar su propia identidad.

*Antonio E. Momplet*